

## EL PARENTESCO Y LOS LIMITES DEL PENSAMIENTO MODERNO

*Joan Bestard-Camps\**

En las ciencias sociales el estudio de la familia y del parentesco se ha situado, bien en el extremo de un universalismo formalista o en el particularismo de sus contenidos; o bien en la universalidad de la familia o bien en las diferencias culturales de los sistemas de parentesco. En la sociedad moderna los debates sobre la familia y el parentesco se han desarrollado en torno a cuestiones más amplias sobre los procesos de modernización y el papel activo o de víctima que éstos han jugado en este proceso. Por ello, los estudios de la familia y del parentesco dependen de la forma como se ha conceptualizado el surgimiento de la sociedad moderna y cómo ésta se ha ido transformando en la época contemporánea. En este proceso de conceptualización los análisis de la familia y del parentesco se han visto obligados a tener que convivir con estas tres paradojas, tal como B. Anderson (1991: 5) señaló en relación a la idea de nación:

1) Su *modernización vs. su antigüedad*. Podemos hablar de un sentimiento familiar moderno que se opone al tradicional y también al post-moderno, donde emerge una

---

• Doctor en Antropología. Universidad de Barcelona, España.

nueva sentimentalidad individual; sin embargo, podemos hablar de la antigüedad de la familia como base de la sociedad y, si nos situamos a nivel de la forma, la familia nuclear aparece como anterior a la modernidad. Esta contradicción ha supuesto una dificultad de relacionar contenido y forma. En las discusiones clásicas sobre el sistema de parentesco las dificultades teóricas se situaron en la correspondencia entre el sistema de actitudes y el sistema de terminologías del parentesco. Los famosos debates clásicos sobre las terminologías del parentesco se centraron o bien que eran meras formas lingüísticas, o bien que representaban sistema de organización social. En la historia de la familia los problemas teóricos han surgido al relacionar la forma de la familia con el contenido cultural. La familia nuclear tiene diferentes contenidos culturales. Las formas generales de la familia son situadas a nivel de la continuidad, mientras que el contenido de las relaciones pueden presentarse en términos de cambio. La modernidad de la familia es percibida sobre la base de su continuidad; de la misma manera la modernidad de la nación ha sido representada en términos de la antigüedad de sus tradiciones.

2) Su *universalidad vs. su particularidad*. La universalidad del parentesco parece auto-evidente, en la medida en que cada uno nace en una familia. Al parentesco lo consideramos como el punto de unión entre la naturaleza y la cultura. *La particularidad de las formas culturales del parentesco*: un tipo de familia se identifica con una cultura y en la sociedad moderna con una nación (cuando hablemos de familia inglesa, francesa, catalana...queremos expresar particularidades culturales). La cultura es el contexto donde se particulariza la familia y la familia es el ciclo a través del que se desarrolla la cultura en los individuos. La familia es el espacio donde se establecen una serie de conductas primarias. Como tales tienen un fuerte valor moral y son consideradas cercanas a la naturaleza. En la medida en que se pone a estas conductas en el contexto cultural ello implica un menor grado de naturaleza y un mayor grado de cultura en la conducta. Ello es, precisamente, lo que en la sociedad moderna da un sentido de cambio y también de crisis continuada a la familia. Al ser contextualizada culturalmente

pierde la base natural que le daba estabilidad. Lo que se daba por supuesto es puesto en perspectiva histórica y cultural; la naturaleza pierde terreno ante la cultura. De la misma manera, al insistir en la idea de nación como una "comunidad imaginaria", en su carácter artificial, inventado y construido, ésta pierde su poder como lugar auto-evidente de identidad y de lealtad política. Igualmente las nuevas tecnologías de reproducción, al insistir en su carácter artificial, hacen perder valor a los símbolos naturales del parentesco y crean las ansiedades sociales sobre los límites de su manipulación; sólo, en la medida en que se insiste que la tecnología ayuda a la naturaleza y que el deseo de tener hijos es natural, se recupera a la naturaleza como uno de los símbolos centrales del parentesco.

3) Su fuerza en las representaciones colectivas vs. su pobreza como concepto analítico. El poder de la familia en las representaciones colectivas de las sociedades occidentales es característico de los debates persistentes sobre la crisis de la familia moderna. Su crisis o su capacidad represiva puede movilizar amplios discursos sobre la sociedad y sus normas. Por el contrario hay pobreza en términos de conceptualización y teorización. Las teorías de la familia se han situado principalmente a nivel de los técnicos de ideas generales de que nos habla P. Rabinow (1983: 9). Estos actores de normas sociales han sido centrales en la formación del moderno nacionalismo, más en términos de sus prácticas discursivas que en términos de la creación de una estructura teórica general de la sociedad. En este aspecto, los juristas y folkloristas de finales de siglo en Cataluña crearon una nueva imagen de la familia catalana al mismo tiempo que imaginaron una nueva nación. Anunciaron la modernidad de la nación sobre la base de la tradición y la familia se convirtió en la metáfora que permitía unir las diversas costumbres locales con una ley homogénea escrita. El significado contextual de la cultura popular perdió sus significados particulares y quedó estandarizado para convertirse en la base de una cultura nacional, como E. Gellner (1994: 191) dice. Las costumbres familiares pierden su significado etnográfico y son codificadas como normas legales idiosincrásicas de una cultura tradicional particular, considerada como

la base de la nación. La familia tiene su ley, como el jurista catalán F. Maspons i Anglasesell (1935) decía, y podía ser generalizada a la nación. La idea de un tipo de familia homogéneo característico de Cataluña con una antigua organización doméstica central a la reproducción social de Cataluña como una nación, la debemos a estos técnicos de ideas generales. Este nuevo tipo de familia con antiguas raíces culturales forma parte esencial del sentido común del mundo social del presente. Como P. Bourdieu (1994: 139) dice, la categoría de la familia en el mundo moderno es algo que viene dado de sí, porque se ha convertido en un principio de construcción de la realidad social y en un principio de percepción de la práctica en el mundo social.

En relación a la pobreza de la teoría de la familia, lo inverso puede decirse de las teorías del parentesco en Antropología Social: una conceptualización y teorización que convier­te al parentesco en el centro de la ciencia de las sociedades tradicionales y el descubrimiento de su carencia de fuerza en las representaciones colectivas de estas sociedades, como nos ha señalado D. Schneider (1984) al indicarnos que en otras sociedades la sangre no es más espesa que el agua como sucede con nuestra sociedad de tradición cristiana. Ello ha provocado un desplazamiento a una situación marginal del parentesco, como causa principal de la reflexión teórica en antropología, mientras que ha habido un interés creciente por los estudios de la familia en el análisis de la sociedad moderna. Su fuerza como representación proporciona el impulso para explicar la originalidad de las estructuras modernas.

Esta ausencia de una conceptualización adecuada obliga a situar estas paradojas en el contexto del surgimiento en la sociedad moderna de los análisis de la familia y del parentesco. Para ello voy a usar el concepto de modelo de reproducción<sup>1</sup>, en la medida en que éste nos permite analizar la constelación de ideas del parentesco y de la familia en relación a las formas de conceptualizar la sociedad, el individuo y la naturaleza. El parentesco es una forma cultural de construir relaciones y, como tal, atraviesa los diferentes dominios que contribuyen la sociedad y la persona.

Donde puede verse mejor el lugar que ocupa la familia y el parentesco en la conceptualización de la sociedad y

donde aparecen de forma más clara las paradojas señaladas, ha sido, sobre todo, en los análisis de la familia y el parentesco en relación con el cambio social. En la reciente historia de la familia<sup>2</sup> se ha tendido a insistir en su persistencia y continuidad; las críticas se han dirigido principalmente a su incapacidad de mostrar el cambio en las formas familiares europeas, situando la familia en el terreno de la homogeneidad, la continuidad y la intemporalidad, mientras que la innovación, la variación, el cambio y la diversidad han sido situados en otros dominios de la sociedad como la economía, la política o la cultura. La familia y el parentesco se han convertido así en el soporte de una identidad continuada sobre la que ha sido posible construir las naciones modernas. El problema radica, sin embargo, en conocer como las naciones modernas construyen su propia continuidad con el pasado y por qué en la época moderna la familia ha sido considerada como el soporte de esta continuidad e identidad. Dado que la familia y las relaciones de parentesco se han convertido en un mecanismo importante para pensar la continuidad en un mundo formado de individuos, el estudio de la familia revela los límites del pensamiento moderno para analizar la sociedad. Dicotomías como privado / público, individuo / sociedad, continuidad / cambio, naturaleza / cultura hacen difícil situar al parentesco y a la familia excepto como una especie de mecanismo mediador entre ambos opuestos. Las paradojas conceptuales surgen cuando se acentúa uno de los aspectos de la oposición: la familia como soporte de la vida privada y del individuo, el parentesco como soporte de la continuidad y enraizado en la naturaleza humana. La familia como base de la tradición en la sociedad moderna y el parentesco como centro de las relaciones sociales en las sociedades tradicionales. Lo mismo podría decirse de la nación como el soporte de la identidad y de la continuidad, subjetivamente basada en la tradición y en la costumbre a pesar de su modernidad objetiva. Dentro de los límites de la sociedad moderna, difícilmente se conceptualizan las relaciones de parentesco y las identidades nacionales. El proyecto de la modernidad en torno al parentesco y a las identidades tiene que dirigirse necesariamente fuera de sus límites: en las sociedades tradicionales.

Una de las paradojas de la sociedad moderna, como M. Berman (1983) dice, ha sido precisamente la oposición entre un profundo impulso de desarrollo y diferenciación social acompañado de un proceso de racionalización de la vida y un deseo de estar arraigado que ofrezca coherencia y estabilidad a nuestras vida. El proceso de racionalización de la vida ha ido acompañado de una búsqueda de la coherencia de la vida como una totalidad. La fragmentación y la diferenciación modernas se han opuesto a la identidad colectiva entendida como coherencia y estabilidad. La totalidad se opone a la individualidad y sólo puede reconstruirse a partir de estos fragmentos individuales que deja la modernidad. Contextualizar los hechos particulares ha sido la tarea de toda descripción etnográfica que pretende reconstruir una totalidad social. Por ello junto al discurso de la sociedad moderna basada en el desarrollo de la racionalización aparece un contra-discurso nostálgico por unas relaciones familiares y comunitarias en las que poder arraigar la propia identidad. La nostalgia de una familia extensa y de una comunidad moral puede considerarse como un elemento de la experiencia de la modernidad que necesita situar los valores de la tradición y las relaciones primarias elementos en el mundo del pasado.<sup>3</sup> En la idea moderna de relación entre el individuo y la sociedad, la pérdida de la tradición, de la comunidad y de la convención social se hace en nombre de la capacidad de elección racional del individuo; éste se enfrenta a la sociedad y, en este enfrentamiento, la sociedad se diversifica y crece perdiendo la homogeneidad de la convención cultural. Por esto en el mundo moderno desencantado los trópicos son tristes. Una cultura en su crecimiento ha aniquilado a las otras y el paisaje evoca las ruinas. Nos queda, sin embargo, el consuelo de reconstruir otros mundos a partir de los restos. Las ruinas en el mundo moderno hablan de otros sistemas, son parte de un todo y nos permiten reconstruir otros contextos, como si la idea de modernidad sólo pudiera pensarse sobre el transfondo de un mundo que ha desaparecido. En el proyecto de los evolucionistas el parentesco es precisamente este resto que permite reconstruir el pasado; en el proyecto estructuralista y funcionalista el parentesco es el mecanismo que permite desvelar

las estructuras de las sociedades tradicionales. Desde el presente sólo podemos figurarnos este mundo con nostalgia. De ahí que tanto la familia como la comunidad puedan considerarse como símbolos anti-modernos, cuando en realidad surgen de la misma experiencia de la modernidad y forman parte integrante de ella. La idea de destrucción de nuestro paisaje social y físico y de los lazos emocionales que nos unen con el pasado, forma parte integrante del pensamiento moderno que considera a las sociedades tradicionales como fundamentalmente frágiles. La destrucción, degradación y decadencia son la contrapartida del desarrollo, el progreso y la racionalización. Sólo si acentuamos un aspecto de esta dicotomía, hipostasiamos la tradición y convertimos las relaciones de parentesco en su soporte y, por tanto, en el símbolo opuesto a la sociedad moderna. La comunidad se opone a sociedad, mientras que la nación aparece como una comunidad imaginada que aparece en tensión con el proyecto cosmopolita de la sociedad moderna.

Esta dicotomía entre innovación como fruto del presente y tradición como fruto del pasado, la hallamos en el modelo de reproducción de la sociedad moderna y en su forma de organizar la continuidad temporal. Este modelo implica el peso del parentesco en el pasado -los antepasados crean el parentesco- y la presencia del individuo en el presente -los hijos se separan de los padres-. El parentesco transformado en individuos desaparece del presente y se convierte en representación del pasado. Por ello se ha tendido a situar la importancia de la familia y de las relaciones de parentesco en las sociedades tradicionales y marginarlas del análisis de la estructura social y de la cultura de la sociedad actual. Como ha indicado M. Strathern (1992: 135) la visión de que el parentesco extenso pertenece al dominio de la tradición fue de la misma constelación de ideas que produjeron el sentido de que con el aumento del tiempo las sociedades eran cada vez más complejas y el mundo más lleno de individuos. En esta representación de un mundo de cada vez más complejo socialmente, en el conjunto de las elecciones de los individuos el parentesco es del ámbito de lo doméstico y de lo privado. Ir de la sociedad al parentesco implica reducir la propia posibilidad de explicación

social. Como ha indicado A. F. Robertson (1994: 96) en la sociedad y el parentesco aparecen dos formas diferentes de dar sentido al tiempo. Mientras que en la modernidad la noción de tiempo es progresiva -el mundo parece ir hacia adelante-; -hablamos en términos de crecimiento económico o en términos de acumulación-; el tiempo del parentesco aparece como cíclico -el mundo parece simplemente que da vueltas-; -hablamos de ciclos domésticos o de reproducción social, como si cíclicamente se repitieran los mismos elementos-. De ahí que a los símbolos del parentesco asociemos ideas de continuidad, más que de cambio. De la misma manera, a los símbolos de la nación los asociamos a la continuidad histórica, a su continuidad con el pasado.

El parentesco, o bien relegado a ser un elemento básico en las sociedades arcaicas del pasado o bien situado en los extremos de nuestra civilización moderna se ha hecho completamente invisible para muchos de los análisis de la sociedad contemporánea. Lo que queda del parentesco es simplemente "la familia nuclear" que llenaba el dominio de lo privado y lo afectivo y que estaba aparentemente adaptada al sistema económico de las sociedades modernas. De esta manera, la imagen cultural de una "familia tradicional" viviendo en amplias unidades extensas y cargada de funciones sociales e inmersa en una tupida red de relaciones de parentesco, opuesta a una familia moderna que, gracias a la industrialización, se había reducido a nuclear, había replegado sus funciones y se había aislado de las redes de parentesco, se convirtió en una forma muy arraigada de narrar la historia de la familia y el esquema general para plantear sus cambios sociológicos. Se trataba, más bien, del resultado de la proyección cultural de la "nostalgia de occidente" por un pasado donde predominarían los lazos primarios entre las personas, en vez de una proposición descriptivamente correcta sobre el proceso histórico. El presupuesto de que la industrialización transformó la familia de un tipo extenso a un tipo nuclear y redujo sus funciones ha sido un dogma sociológico muy arraigado en muchos análisis sobre los cambios de la vida familiar. En esta premisa había implícita la afirmación de que el parentesco fue una de las rela-

ciones primarias básicas de la estructura social que iba perdiendo sus funciones a medida que era sustituido por otras instituciones. En este sentido el dominio de lo "político" y de lo "económico" adquiriría relevancia para el análisis de la sociedad actual, a costa de relegar a la familia y al parentesco a los márgenes de la estructura social. Desde esta perspectiva, la familia simplemente implicaba relaciones personales difícilmente relevantes para los grandes temas de nuestra sociedad. De esta manera, si la familia y el parentesco todavía eran dignos de ser estudiados, ello era debido a que se los situaba del lado de los rituales, de la economía campesina o de la economía informal. Así, todos los conocimientos que la antropología social había ido adquiriendo sobre el funcionamiento de las relaciones de parentesco en nuestra Península Ibérica a través de sus monografías locales fruto de largos e intensivos trabajos de campo, podían ser valoradas o bien como una especificidad local o bien como un signo de arcaísmo incompatible con la sociedad moderna. Su marginalidad era simplemente una forma de proclamar la imposibilidad de existencia en una sociedad avanzada de los usos sociales del parentesco que tan minuciosamente se habían dedicado a desentrañar los antropólogos que trabajan en nuestra península. Quedaban relegados a simples recuerdos nostálgicos de "un mundo que ya hemos perdido". De ahí que en un determinado momento histórico de la antropología social "la invención del primitivo" estuviera ligada a "la invención del parentesco" como vínculo primario y dominante de las sociedades simples y que la distancia respecto al "primitivo" pudiera medirse en función del debilitamiento de los vínculos primarios del parentesco como fundamento del orden social. No es de extrañar, pues, que la crisis de los conceptos clásicos del parentesco en antropología social haya ido acompañada de la desaparición de su antiguo objeto y de un interés mayor por la complejidad de la sociedad contemporánea.

Se puede decir que el tratamiento de la familia en la teoría política es un buen indicador del tipo de sociedad que se pretende construir. Más que una idea del pasado, también sirve para pensar el futuro. Por ello, el pensamiento conservador ha visto en la familia el principio de la auto-

ridad y la base natural para el establecimiento de un orden social, mientras que el pensamiento radical ha mirado a la familia con recelo en cuanto que la ha considerado o bien como reproductora del orden establecido y, por tanto, una barrera para la consecución de la virtud, la justicia y la igualdad en la sociedad, o bien como represiva de los deseos personales y, por tanto, como uno de los mayores obstáculos para la formación de individuos autónomos, sin inhibiciones y mentalmente sanos que son la base para una sociedad sana, libre de prejuicios y no autoritaria. No es una casualidad que fueran precisamente representantes del pensamiento conservador y nostálgico de un orden desaparecido como Federic Le Play en Francia o Wilhem Heinrich Richi en Alemania<sup>4</sup>, los que vieran en la familia un elemento digno de análisis sociológico y lo convirtieron en el centro de una reflexión histórica destinada a recuperar el orden social del pasado. Ello contrasta con el tipo de pensamiento revolucionario que veía en el futuro la posibilidad de una sociedad libre de la explotación, los prejuicios y la hipocresía, de los que la familia burguesa era considerada su principal cuna y, por tanto, un freno para una sociedad formada por individuos libres y autónomos. La muerte de la familia o bien la revalorización de los lazos familiares han sido dos temas que han enfrentado proyectos de sociedad claramente opuestos. Tampoco es casualidad que en la antropología el parentesco se convirtiera en el centro de la disciplina. Ello iba ligado a que en la división del trabajo entre disciplinas sociales a la antropología le había tocado como objeto de investigación las sociedades tradicionales, las sociedades basadas en el status en oposición a la sociedad moderna basada en el contrato, convirtiendo a esta disciplina, gracias a su insistencia en la diversidad y pluralidad cultural, en el más grande y fascinante museo de un mundo en extinción o a punto de desaparecer. Mientras que la economía se dedica al estudio de las leyes del mercado basadas en la existencia de individuos que actúan por intereses egoístas, la antropología se dedica al estudio de las leyes de las relaciones humanas embebidas en el parentesco, basadas en la existencia de individuos que actúan, siguiendo el principio de la reciprocidad, en términos altruísticos. Así una conside-

ración moral entre egoísmo y altruismo dividía el diferente tipo de sociedades, su propia incompatibilidad, así como el tipo de aproximación intelectual adecuada para cada una de ellas. La sociedad tradicional basada en el parentesco y dominada por el principio de reciprocidad podía ser considerada como la imagen especular de la sociedad moderna basada en la economía y dominada por el interés pragmático de los individuos.

Si como decía Renan<sup>6</sup>, la nación moderna está basada en la amnesia compartida -el origen no es constitutivo de la identidad moderna- y un anonimato del ciudadano, el papel que se atribuye al parentesco en la sociedad moderna consiste en hacer nuevos ciudadanos que, como tales, tienen que olvidar sus orígenes familiares para adquirir una identidad como ciudadano libre. Una de las contradicciones en la formación de la nación moderna como depositaria de la legitimidad política consiste precisamente en que esta pertenencia anónima a una comunidad internamente fluida y culturalmente homogénea, va asociada a la necesidad de imaginar las comunidades como fundamento de lo político y, por tanto, la necesidad de inventar una memoria colectiva y compartir una tradición. De ahí que la nación al mismo tiempo que constituye la modernidad política necesita apoyarse en la tradición, estableciendo una dicotomía entre la amnesia compartida -que implica el voluntarismo del plebiscito de todos los días- y la memoria colectiva -que implica la transcendencia de la tradición y de la historia. El individuo de las naciones modernas olvida rápidamente sus orígenes particulares y la genealogía de su familia para mirar luego con nostalgia un pasado histórico y unas tradiciones populares constitutivas de su propia identidad como miembro de una colectividad nacional. En este sentido la nación, como decía Vico, es un "nacimiento", es decir una colectividad que tiene un origen común. La identidad está en función del origen que es, a su vez, una fuente de legitimidad. Las nociones de origen, pertenencia y legitimidad son propias de la constelación de ideas del parentesco. La paradoja de la sociedad moderna radica en que mientras la identidad es el lugar de la tradición, la necesidad histórica y lo colectivo y la amnesia compartida es del ámbito de la racionaliza-

ción, la voluntad y el individuo. En este contexto, si al parentesco, en la medida que constituye el receptáculo de una memoria que trasciende el individuo, se le atribuye un principio de identidad adquiere inmediatamente los atributos de una sociedad tradicional convertida en la antítesis de la sociedad moderna definida en términos de racionalización e individualismo. La novedad es sustituida por la continuidad, el individuo por el grupo.

Estas antinomias (individuos / sociedad; novedad / continuidad; naturaleza / cultura) las encontramos en el modelo de reproducción a través del parentesco de la sociedad moderna. En nuestra representación moderna de los hechos del parentesco, éste aparece tanto en el centro de la relación entre sociedad e individuos -el parentesco crea nuevos individuos y reproduce la sociedad-, como en la mediación entre la naturaleza y la cultura -el parentesco se basa en los hechos de la reproducción para construir el contenido cultural de las relaciones sociales básicas.

Si referimos las genealogías hacia el futuro, no representamos al parentesco como creador de nuevos individuos. El presente es el lugar del individuo que con sus estrategias configura sus posiciones en el futuro. Es el ámbito donde son posibles los cambios y las novedades.

Si referimos las genealogías hacia el pasado, no representamos al parentesco como reproductor de la sociedad. El habitus -"interiorización de la exterioridad"- es la incorporación del pasado que con su inercia reproduce el juego social. Es el ámbito donde el inconsciente social - otro concepto que implica el olvido- impone las reglas del juego."

La reproducción en términos de creación de individuos nuevos implica mirar las genealogías hacia los descendientes y poner el énfasis en la variedad: un individuo en la cadena genealógica es diferente a los anteriores. Dicho de otra manera, un/a hijo/a no reproduce idénticamente a sus padres -lo que se trasmite a los hijos está sometido a la variación- y menos las relaciones sociales de sus padres -los/as hijos/as no siguen los pasos de sus padres en una sociedad basada en el contrato y no en el status. El individuo como persona es lógicamente anterior a las relaciones socia-

les. Por ello se puede decir que la sociedad es producida por personas y éstas, en la medida en que se desarrollan a sí mismas, son un sujeto activo en el proceso de construcción social. La invención de la infancia como una etapa de la vida autónoma y separada, es concomitante al surgimiento de la sociedad moderna como sugirió Ph. Aries (1973). Por eso pensamos que las generaciones se oponen y los más jóvenes crean algo nuevo y diferente a lo que les dejó la generación de sus padres. Es decir, al sentido del tiempo hacia el futuro le damos el valor de novedad. Y cuánta mayor novedad diferenciación, heterogeneidad y diversidad. En este modelo de reproducción el futuro es pensado en términos de cambio: el tiempo no es reversible -un hijo es diferente a sus padres. La individualidad implica diferencia y novedad -un hijo es un nuevo elemento. La acumulación de nuevos individuos implica cambio. Por ello decimos que una acumulación cuantitativa implica un cambio cualitativo. La acumulación de bienes económicos y la concentración de población son los dos principales factores que nos permiten pensar el cambio en la sociedad moderna.

Por otra parte, en el mismo modelo de reproducción al individuo se le sitúa como parte de un todo, forma parte de un sistema de relaciones de parentesco. El individuo es un eslabón de estas relaciones y como persona es socializado. En el primer supuesto -formar parte de una relación-, nos referimos tanto a las relaciones sociales como a la participación en un grupo. Las relaciones nos proporcionan el contexto para las acciones de los individuos. En el segundo supuesto -la persona es socializada-, nos referimos a valores que se transmiten a la persona y ésta es vista como un objeto pasivo del proceso; es producida por la sociedad. La persona, en la medida en que es socializada, reproduce los valores de la sociedad. La familia, como espacio socializador, es el mediador entre el individuo y la sociedad. En el idioma del parentesco nos referimos a una substancia -la "sangre"- que se transmite, a una "forma de vida" de la familia que moldea a los hijos, a la familia como un "soporte" para la vida de la persona. Aquí el parentesco es visto como un orden de valores, un principio de solidaridad que marca el carácter de sus partes y proporciona continuidad e identidad a

sus elementos. Como principio simple de relación social y de trasmisión de valores, nos permite representar la sociedad como contexto que da sentido a las acciones de los individuos que comparten unos significados comunes. Esta idea del parentesco la obtenemos si miramos las genealogías, no hacia el futuro, sino desde el pasado. Desde esta perspectiva el individuo forma parte del todo. La analogía con el grupo y la sociedad es patente. De ahí que podamos hacer desplazamientos metonímicos entre familia y sociedad: que la primera es una imagen reducida de la segunda como decía Rousseau o que la segunda es una prolongación de la primera como decía Renan o bien que los valores de solidaridad se desplazan de la familia hacia la sociedad como decía Durkheim. Estos desplazamientos permiten pensar el desarrollo histórico: cuanto más simple la sociedad más presente está el parentesco en ella y más olvidado está el individuo. El parentesco reproduce individuos en una red de relaciones sociales siempre mantenidas en la memoria. Cuanto más compleja es la sociedad más presente está el individuo y más alejada está la sociedad del parentesco. Las relaciones pasadas se olvidan y el parentesco hace individuos nuevos.

La representación del modelo de reproducción de la sociedad moderna implica la idea de que el parentesco es una relación basada en la naturaleza que genera una serie de obligaciones y derechos entre individuos. Aunque sea una construcción social, su referente es natural.<sup>7</sup> En este sentido se ha considerado al parentesco como el principal mediador entre la naturaleza y la cultura. A través del parentesco la cultura trata los hechos de la naturaleza construyendo las bases de la sociedad. En la conceptualización de la relación entre naturaleza y cultura el parentesco ha jugado un papel crucial para clasificar el tipo de sociedades según el grado de conocimiento de los hechos biológicos de la procreación: cuanto más cercana está la sociedad a la naturaleza, más fuerza tienen los lazos de parentesco considerados como la base de todos los vínculos sociales. Por otra parte las terminologías del parentesco de las sociedades simples se alejan de la verdad biológica de la reproducción y dominan el conjunto de la sociedad, siendo las principales categorías de clasificación social alejadas de la verdad bioló-

gica de la reproducción. Para dominar la sociedad el parentesco se aleja de la naturaleza. Sin embargo, con el advenimiento de las instituciones modernas, el principio del parentesco como forma de organización social desaparece. La sociedad está alejada de la naturaleza debido a la complejidad y diferenciación de su organización. Por otra parte la familia nuclear, al estar cercana al principio de reproducción biológica, queda aislada de la sociedad. De la misma manera que en la sociedad moderna se ha podido definir la naturaleza como un mundo fuera de la historia humana, la familia nuclear -a la que también se la ha denominado familia biológica-, al estar cercana a la naturaleza, podía ser considerada fuera de la sociedad. Su vínculo consiste en proporcionar individuos aptos para la vida social. El parentesco, al representar a la naturaleza, no tiene ningún papel que jugar en la sociedad. En este sentido, las teorías del contrato fundadas en la dicotomía entre sociedad y naturaleza, han basado el pacto social entre individuos abstractos, o, como J. Rawls (1973: 128) dice, entre cabezas de familia. De esta manera, la familia y el parentesco quedan fuera de la estructura de la sociedad civil, como espacio reproductor de ciudadanos libres, pero sin entrar en el mundo de lazos políticos o económicos entre individuos. De la misma manera, desde las teorías políticas liberales difícilmente se ha podido conceptualizar la esfera de lo doméstico en términos políticos y económicos. La esfera pública ha sido considerada como la esfera donde el conflicto de intereses debía ser regulado y, por tanto, susceptible de un análisis social, sin embargo se ha supuesto que los asuntos privados de la familia estaban regidos por la simpatía natural y, por tanto, fuera de la reflexión sociológica.<sup>8</sup> Por otra parte, la solidaridad de los lazos del parentesco ha podido ser considerada como la antítesis de los principios de solidaridad moderna basados en el contrato voluntario. Cuanto más amplios y más fuertes son los lazos de parentesco, más tradicional parece este tipo de solidaridad y más alejada está de los ideales individualistas modernos. La idea de una familia restringida a las funciones mínimas se articulaba perfectamente con un discurso triunfalista del Estado como sustituto de la autoridad del padre, que tomaba a su cargo las funciones de la familia al

preocuparse de la socialización de sus jóvenes ciudadanos mediante una política de educación y al hacerse cargo de sus más ancianos ciudadanos mediante una política de pensiones. En el discurso de la sociedad moderna la familia parece que no tiene, pues, ningún papel que jugar. Es sustituida en sus funciones sociales y no tiene más recurso que ser del dominio de lo privado. Disminuyen sus funciones sociales al mismo tiempo que aumentan sus funciones de tipo personal. A nivel público como máximo tiene funciones subsidiarias y de apoyo en la reproducción social, identificándose la intimidad personal con la vida familiar. La familia ha perdido funciones económicas y educativas y puede centrarse en el papel de satisfacción emocional de los individuos que la forman. Es el espacio donde puede desarrollarse la educación de los sentimientos y en el que se llevan a cabo la domesticación de las pasiones. De ahí que el principal discurso moderno que permite hablar de la familia y sus problemas sea el de la psicología. Se internalizan las relaciones primordiales en el individuo y pasar del parentesco a la sociedad implica poner el foco en otros dominios públicos. Sólo tienen este privilegio las sociedades tradicionales que mantienen el parentesco como conjunto de relaciones primordiales que dominan la sociedad. En la sociedad moderna el parentesco se naturaliza y se convierte en la esfera de la interioridad del individuo, mientras que en las sociedades tradicionales aparece como relación básica que constituye el conjunto de la sociedad. En ellas es el cemento de la sociedad, mientras que en la sociedad moderna, reducido a triada familiar, constituye la base para la formación de la personalidad individual. El parentesco habla de individuos y parece que ha perdido la capacidad para hablar de sociedad.

Esta presencia de la familia nuclear y la invisibilidad de los lazos de parentesco en la sociedad moderna contrasta, sin embargo, con lo que algunos historiadores y antropólogos sociales han dicho recientemente de la familia en Europa. Ni la familia nuclear puede considerarse como un producto de la industrialización afirman los historiadores de la familia, ni los lazos de parentesco han dejado de tener vi-

gencia en nuestras sociedades contemporáneas completamente urbanizadas afirman los antropólogos sociales.

Los historiadores nos han recordado la continuidad de la familia en Europa. A través de la historia la familia está sin cesar presente y sin cesar se renueva. Por ello han situado a la familia en el centro del tiempo histórico de larga duración que marca el estilo de una sociedad, insistiendo en la elaboración de una geografía de las diferentes formas de familia en Europa con la intención de encontrar contrastes significativos entre diferentes estructuras demográficas, tipos de familia y áreas culturales. Los historiadores, pues, en vez de presentarnos los cambios de la familia a través del tiempo como un proceso que culminaría en la familia nuclear, nos han hablado de la diversidad cultural de las familias en el espacio. De esta manera hemos recuperado el viejo concepto de área cultural y nos hemos vistos obligados a plantear la relación entre cultura y familia. Si se ha podido hablar de una correspondencia entre diferentes tipos de familia y diferentes áreas culturales en Europa, ello es debido a que la familia es considerada como la unidad primaria de identidad y proporciona el esquema conceptual básico de las diferentes concepciones colectivas que normalmente situamos en los niveles públicos de la sociedad. En vez de considerar el parentesco como un mecanismo de organización y la familia como un elemento de esta organización, podemos considerarlo como una relación basada en los principios de pertenencia, de diferencia y de asimetría. Estos tres principios permiten la traducción de los símbolos del dominio de parentesco a los símbolos generales de la cultura y hacen posible que relaciones abstractas a nivel de la sociedad en general puedan relacionarse con fragmentos de la experiencia personal. La relación de pertenencia, expresada en el parentesco por la filiación, proporciona los modelos para un discurso general en torno a la identidad colectiva, la relación de diferencia, expresada en el parentesco por la distinción entre masculino y femenino proporciona los modelos para la identificación diferencial de los géneros y la relación de asimetría, expresada en el parentesco por la distinción entre mayor y menor, proporciona los modelos para un discurso en torno al orden social y la

autoridad moral. Nos hallamos, pues, lejos de una familia nuclear relegada al ámbito de lo privado y más cerca para comprender la persistencia de las metáforas del parentesco en el discurso público de nuestra sociedad, así como el papel del parentesco en la transmisión del habitus social. En cuanto que el parentesco implica la idea de relación entre personas, está relacionado con las ideas que nos hacemos de la sociedad y de los individuos que forman parte de ella. Gracias a la desmitificación de la idea de una homogeneidad en el tipo de familia del pasado y en la insistencia en su variedad en diferentes áreas de Europa y de que nuestros antepasados tenían en el parentesco el recurso social más importante, se ha podido también ver en la familia el elemento crucial para los análisis de la historia social. Parece como si los grandes conceptos de las ciencias sociales generados en torno al dominio de lo "económico" o de lo "político" dejaran de ser operativos para el análisis de la acción social, si no se hacen compatibles con los conceptos generados en torno a los estudios del parentesco y de la familia.

Por otra parte, los antropólogos sociales cuando han dirigido sus observaciones etnográficas a nuestra sociedad industrial<sup>9</sup>, han insistido en la importancia que tienen las relaciones de parentesco. En los medios urbanos y en los contextos asalariados aparecen estrechas relaciones entre la institución familiar, la reproducción social, los modelos residenciales y los modelos de trabajo. Las personas implicadas en las relaciones de parentesco son numerosas y van más allá del círculo restringido de la familia nuclear. La naturaleza de los intercambios, su carácter de reciprocidad, su grado de autonomía y de preferencia varían según los grupos sociales y los momentos del ciclo familiar. Las necesidades y las obligaciones son jerarquizadas entre parientes por la sangre y parientes por afinidad, entre parientes de línea directa y de línea colateral. Más allá del primer círculo de parientes, los más distantes pertenecen a una categoría donde la naturaleza de las obligaciones es más fluida. La imagen cultural del parentesco como una substancia que se trasmite y va debilitándose a través del tiempo tiene su correspondencia en la naturaleza de las obligaciones entre parientes y

en los usos sociales que las personas hacen de él. Se forman redes de parentesco donde circulan bienes y servicios, donaciones en especie, patrimonios y herencias; donaciones en dinero, préstamos regulares y ocasionales, así como gran cantidad de regalos. Los servicios, difíciles de cifrar en el plano económico, son considerables. Los cuidados de las generaciones frágiles, tanto los niños como los ancianos, adquieren importancia considerable y la densidad de las relaciones es fuerte. Los estudios de las migraciones han demostrado claramente el papel jugado por las redes de parentesco en la transferencia de poblaciones rurales a la ciudad. Son un elemento importante para encontrar empleo, para integrarse en la comunidad de acogida o bien para preservar la diferencia étnica en la nueva comunidad. A nivel micro-social, que es donde se sitúan generalmente las observaciones etnográficas, parece obvio encontrar el parentesco, pues éste se sitúa a nivel de las rutinas de la reproducción social. La cuestión sigue siendo, sin embargo, cómo situar al parentesco a nivel macro-social, a nivel de cómo integrarlo en la comprensión de los procesos históricos contemporáneos, dado que la diversidad cultural de las sociedades urbanas avanzadas no es pensable sin la familia como un elemento mediador tanto en la adaptación a las nuevas situaciones como en la trasmisión de las diferencias culturales en el mundo contemporáneo que, por una parte, cada vez se nos representa como más homogéneo y global, y por otra parte, aparece como más fragmentado y diverso.

Si la visibilidad de los lazos de parentesco y la presencia de la familia en el análisis social nos parecen elementos pertinentes para una mejor comprensión sociológica de los fenómenos sociales, ello es debido a que socialmente se han convertido en elementos más presentes en nuestra construcción social del mundo. El modelo de reproducción moderno se ha hecho más explícito y se han podido poner en duda sus presupuestos. La imagen de una familia nuclear adaptada a la economía moderna y separada de lo social ha dejado de ser tan verosímil como el mito de una gran familia extensa en el pasado pre-industrial. Desde la posmodernidad la familia nuclear nos aparece como algo del pasado, un ideal cultural que tiene poco que ver con la fluidez y

fragmentación de sociedad post-industrial. Los cambios sociales la han convertido también en un mito intangible, en vez de un ideal más o menos asequible según los niveles de modernización. La familia nuclear se convierte en un objeto de nostalgia en la postmodernidad, de la misma manera que la familia extensa había sido la forma de recuperar el pasado en la época industrial. Según los ideales modernos la familia, marginada de la escena de la economía, estaba confinada al campo de la satisfacción de las necesidades individuales. Ella debía producir felicidad y privacidad a los individuos que tenía a su cargo. El dominio del sentimiento estaba ligado a la privacidad de la familia y la identidad personal mantenía una relación estrecha por un determinado ideal de familia en que la división entre géneros se mostraba a través de la oposición entre el hogar y el trabajo o entre lo privado o lo público que remitían en última instancia a la oposición entre naturaleza y cultura, donde la familia gracias a su papel socializador se convertirá en el elemento crucial de paso entre ambos dominios.

Sin embargo, la pareja conyugal, a partir de los años setenta deja claramente de ser capaz de producir la satisfacción de las necesidades sentimentales de los individuos. El matrimonio ha sido considerado como una relación que se iniciaba a partir de la satisfacción emocional surgida del contacto íntimo entre dos personas. Este elemento inicial tiende a exigirse como la condición para continuar la relación. Otros rasgos que pueden ser considerados como condiciones sociales externas que mantienen la relación, tienden a ser considerados como fuentes de inercia personal y, por tanto opresivos, más que como bases para una relación que se ha individualizado completamente. El vínculo conyugal, al convertirse en pura relación entre personas se hace más frágil. La familia se rompe, toma formas inéditas. Al menos, esto es lo que indican las diversas formas de cohabitación fuera del matrimonio y los índices de divorcio. Incluso es difícil hablar de unidades familiares mínimas y empezamos a hablar de familias monoparentales y familias reconstituidas como si la filiación dominara a la alianza en la constitución de los lazos mínimos de parentesco. La pareja conyugal como símbolo estable de los vínculos de la alianza

manifiesta su fragilidad, mientras que se recomponen continuamente nuevos lazos de parentesco en el curso de la vida de los individuos. La familia nuclear, cogida en el fuerte individualismo de la que ella es su principal productora, se ha ido desinstitucionalizando y se ha vuelto incierta como nos ha recordado L. Roussel (1989). Al mismo tiempo, sin embargo, lejos de dejar de existir parece que toma nuevas fuerzas y se convierte en un valor sólido a partir de esta incertidumbre.<sup>10</sup> Los divorcios, las familias monoparentales, las familias reconstituidas, la inestabilidad de la pareja coexisten con redes de parentesco y líneas de filiación. Incluso se puede decir que estos lazos se refuerzan a medida que se hace inestable el núcleo conyugal. El aumento del divorcio y la presencia de familias reconstituidas no significa en modo alguno la ruptura con la familia, al contrario se están recomponiendo y construyendo estilos de vida familiar. La institución familiar da lugar a diferentes estilos de familias. En una sociedad en que el divorcio y las separaciones rompen con la idea de una pareja conyugal para siempre, la antigua familia nuclear da lugar a la creación de nuevos lazos de parentesco que unen diversas líneas en las familias reconstituidas. El divorcio lejos de crear una ruptura entre antiguas y futuras relaciones es un recurso para recombinar antiguas y nuevas relaciones formando nuevas familias extensas caracterizadas por la fluidez y diversidad de sus relaciones (Stancey, J., 1991), más que por la estabilidad residencial de la antigua idea de familia extensa donde residencia y diversidad de funciones estaban integradas en un todo. Gracias, sin embargo, a la visibilidad de los lazos familiares más allá de la unidad conyugal aislada, el parentesco deja de ser la base para mantener lazos entre individuos. Estos lazos se negocian con base en las características personales de los individuos que tienen que elaborar y crear continuamente estas relaciones. Los lazos de parentesco lejos de ser la base para establecer relaciones sociales, han de ser construidos. Las familias no vienen dadas, se eligen.<sup>11</sup> De ahí que la sensación de crisis de la familia vaya ligada a una mayor visibilidad cultural de los principios considerados naturales y, por tanto, una mayor presencia de la cultura sobre los supuestos naturales de la familia nuclear. La disminución

de la fecundidad y el aumento de la esperanza de vida ha cambiado, por otra parte, la naturaleza de la transferencia entre generaciones y ha hecho más visibles las relaciones de los colaterales en el seno del parentesco. En la sociedad contemporánea se ha aumentado una generación en cada línea de descendencia. Dado que las líneas colaterales no se segmentan mientras el antepasado común está vivo, ello ha dado lugar a una extensión automática de la parentela. La presencia cada vez mayor de una población adulta y retirada de sus obligaciones laborales obliga a replantearse de nuevo el sentido que tienen las diferentes etapas del ciclo de desarrollo individual, las diferentes edades en que dividimos la vida y negociar las relaciones entre generaciones y las obligaciones de cuidado a que se ven comprometidas. Por otra parte, ello conduce a replantear también el concepto de las "obligaciones de la familia", así como la frontera entre el Estado y la familia. Cuando se está debatiendo el papel relativo de la familia y del Estado en el mantenimiento de una población cada vez más envejecida, vale la pena recordar que la familia no necesariamente se opone a las instituciones colectivas. Si el Estado providencia ha dejado de ser un ideal, ello ha sucedido al mismo tiempo que el ideal de la familia nuclear cerrada en sí misma también se desmoronaba. Sin embargo, ello no ha supuesto una pérdida del papel de la familia y del parentesco en el mundo contemporáneo. Por el contrario, se le reconoce de nuevo sus usos, así como un peso considerable en el imaginario individual y social. De la misma manera, el Estado no puede inhibirse ante situaciones sociales nuevas y convertirse en el soporte residual de las obligaciones familiares.

El ideal moderno de una familia nuclear ha supuesto la idea de la sociedad en oposición al individuo dado que el orden social se mantenía separado del orden privado. La democratización de la sociedad supuso la presencia de una familia capaz de crear ciudadanos libres, sin embargo ello no necesariamente implicó la democratización de la vida doméstica. Una figura autoritaria del padre y una figura de la madre basada en la ética del cuidado implicaban una división de papeles en el seno del grupo doméstico en que se imponía el poder masculino sobre el femenino y la autori-

dad incuestionable de las generaciones superiores era la condición para la formación de unos ciudadanos libres y autónomos en la esfera pública. La diversidad se pensaba en términos de la capacidad de elección individual en la esfera pública y era la base de una sociedad plural. Sin embargo en el mundo contemporáneo el deseo personal se ha convertido en el instrumento capaz de diversificar a lo público, al mismo tiempo que la elección individual parece conducir a la uniformidad del consumo. La familia ha dejado de ser el punto de referencia estable en un mundo definido por la movilidad y participa de la misma fragmentación e inestabilidad que el mundo contemporáneo. La democratización de la vida no está relegada a la esfera de lo público, sino que implica la vida privada. La esfera doméstica es objeto de negociación tanto entre géneros como entre generaciones. La familia ni es el centro de las relaciones personales ni está en la periferia de las relaciones públicas. En la sociedad moderna los lazos de parentesco en la medida en que eran representados como naturales podrían ser considerados como un elemento de estabilidad en una sociedad diversificada y plural. Sin embargo, en la medida en que participan de la convención cultural forman parte de la artificiosidad, fragmentación y fluidez de la cultura contemporánea. Son cultura, sin ninguna base en la naturaleza.

En este contexto de cambio de la conceptualización de las relaciones entre naturaleza y cultura, las tecnologías de reproducción<sup>12</sup> obligan a repensar los supuestos en que se basan las relaciones de parentesco. En la concepción moderna del parentesco, éste se refiere tanto a la naturaleza como a la cultura, es decir, es una forma conceptual que nos permite hablar tanto de los hechos biológicos de la vida como de las relaciones primarias entre personas. Nos permite asociar ideas relativas a las relaciones entre personas con ideas relativas a la constitución natural de las personas. La unión en la misma carne para referirse al matrimonio y ser de la misma sangre para referirse a la descendencia han sido los dos símbolos fundamentales que permitían unir la naturaleza con la cultura. En la forma clásica de conceptualizar el parentesco la relación entre naturaleza y cultura se ha pensado en términos de una oposición, en la medida en

que la naturaleza se refería a la uniformidad y la cultura a la diversidad. El estudio del parentesco entre las diferentes culturas podía ser considerado como una afirmación de la respuesta plural a unos elementos uniformes de la naturaleza. Paradójicamente, cuanto más simples eran consideradas las culturas, más compleja era su respuesta cultural, porque se alejaba del modelo "natural" del parentesco. Nuestra cultura tenía un sistema de parentesco simple porque se acercaba al principio de la reproducción natural. Como indica D. Schneider (1980) refiriéndose a los símbolos del parentesco norteamericano, la cópula sexual es uno de las bases que define el parentesco, de la misma manera que en la tradición del occidente cristiano la *unitas carnis* era la base legal de los matrimonios. Sin embargo, actualmente el parentesco ha dejado de tener un referente natural (la cópula sexual) para disolverse en manipulación cultural (la fecundación *in vitro*). La trasmisión no es en términos de una misma sangre, sino en términos genéticos. En nuestro presente el mundo natural de la reproducción ha sido invadido por los sistemas abstractos de la ingeniería genética que habla de la naturaleza que se trasmite en términos de códigos, usando el mismo lenguaje que las ciencias humanas utilizan para referirse a los fenómenos culturales. No se trata, como nos tiene acostumbrados la ciencia social moderna, de hablar de la sociedad utilizando analogías basadas en la naturaleza, sino de utilizar analogías basadas en la cultura para hablar de la naturaleza, subvertiendo así el orden jerárquico entre naturaleza y cultura. De esta manera, "naturaleza" ha dejado de ser un referente externo e independiente y se ha convertido en algo ligado a la manipulación humana. Ya no es un mundo fuera de la cultura. En el mundo moderno el significado de la naturaleza lo ha dado siempre su independencia, su separación de la actividad humana. Por ello el final de la reproducción como un hecho externo a la cultura supone el final de la naturaleza como el hecho sobre el que se basan las diferentes respuestas culturales. La referencia exterior se pierde y se convierte en una intervención pura donde los límites de la conducta no están basados en hechos preexistentes. Paradójicamente esta intervención de la cultura en la naturaleza ha reafirmado una de las premisas

básicas del estudio del parentesco en la antropología: el parentesco es un hecho social. A partir de esta premisa los antropólogos nos hemos dedicado a establecer comparaciones interculturales que tenían alguna analogía con las situaciones nuevas con que se enfrenta establecer lazos de parentesco. Sólo en términos de una nostalgia por un mundo diversificado podemos establecer analogías entre nuestro modo de reproducción altamente tecnificado y algunas respuestas que las sociedades "primitivas" han dado a sus problemas de continuidad social. En la medida que consideramos que éstas están alejadas del modelo de "reproducción natural" y, por tanto, libres para una mayor experimentación social en el campo del parentesco podemos creer que nuestras posibles respuestas a los problemas que plantea la reproducción artificial son humanas porque encuentran alguna analogía en las respuestas sociales del parentesco de otras culturas. Estas analogías responden a la concepción moderna de que los diferentes sistemas de parentesco responden a un mismo modelo de reproducción natural. Lo que ha disuelto, sin embargo, la ingeniería genética es la idea de reproducción como un proceso natural. La reproducción es un fenómeno mecánico, una cuestión de procesos genéticos.

En la concepción moderna del parentesco la sangre podía ser imaginada como una especie de metáfora para la relación de descendencia, mientras que el acto de procreación era el símbolo de una relación comunicativa entre individuos afines. Sin embargo, tanto la sangre como símbolo de la descendencia como la cópula sexual como símbolo de la afinidad son dos símbolos que las tecnologías de la reproducción ponen en duda. Paradójicamente el mercado de las tecnologías de la reproducción va dirigido a resolver la necesidad de un hijo/a biológico/a. Se trata de tener una descendencia propia, no adoptada. Lo que las tecnologías de reproducción subvierten es el sentido de lo biológico que estaba en el centro de la concepción moderna del parentesco. Las tecnologías de la reproducción rompen con el modelo moderno de reproducción y ponen en duda la noción misma de descendencia natural. Al dividir y fracturar el proceso de reproducción ¿quién es la madre en el caso de la madre sustituta?, ¿quién es el padre en el caso de la dona-

ción de esperma?, ¿quien es la madre en el caso de una donación de óvulo?- estas prácticas obligan a distinguir entre la madre/padre genético y el real. En la concepción moderna del parentesco la cuestión podía hacerse entre quien era el padre natural y el social. La biología podía resolver la cuestión, puesto que a través del parentesco lo social se moldeaba con base en lazos biológicos. Quien es ascendiente real en el caso del uso de las tecnologías de reproducción es una cuestión que no resuelve la biología. Lo natural se halla fraccionado en distintos procesos independientes. En la donación de esperma o de óvulo se separa la concepción del acto sexual y en el préstamo de útero aparece la posibilidad de dividir funciones que en la naturaleza aparecen en un único cuerpo. El ascendiente real es quien da el consentimiento, el que manifiesta la voluntad de serlo. Una mujer que ha recibido un óvulo es madre porque quiere tener el hijo por sí misma. Si una mujer recibe esperma de un donante, su marido es el padre porque da su consentimiento. No es tanto la consecución de una paternidad o maternidad genética como su deconstrucción sobre diferentes procesos que la naturaleza mantiene unidos y la técnica divide. Los padres reales son aquellos que planearon tener el hijo/a, los donantes son los que pusieron el material genético o los que hicieron posible el proceso. Las donantes de óvulo o los donantes de esperma son reconocidos como padres/madres genéticos/as, pero no tiene reconocimiento real de sus relaciones con el nuevo individuo en términos de derechos o obligaciones. Simplemente se reconoce que los hijos/as pueden querer conocer a su padre/madre genéticos. La madre que ha prestado su vientre es considerada como madre sustituta y da a la madre real el nuevo individuo que da a luz. Frente a la pérdida de naturaleza de las relaciones de descendencia y afinidad provocadas por la intervención de la cultura que fragmenta el proceso natural de la reproducción, se mantiene como natural simplemente el deseo individual de reproducción. Ello es el justificante de las tecnologías de reproducción y lo que permite poner el foco en el feto como un producto autónomo más que en el conjunto del proceso. Los/as niños/as nacidos son los que legitiman las nuevas tecnologías. Se trata de interferir

en los procesos naturales y producir nuevos individuos. Al entrar en el orden de la tecnología se devalúa el proceso y se valoriza el individuo producto de este proceso como si la reproducción artificial entrara dentro de los mecanismos de producción de mercancías y de elección del consumidor. De ahí que la mayor incertidumbre y ansiedad que cristalizan las tecnologías de reproducción se centren en los casos de las madres sustitutas. No solamente por el aspecto mercantil de un contrato entre partes interesadas, sino por la devaluación de la procreación como un proceso en que el embarazo mismo no cuenta como un acto de maternidad. El deseo puro de reproducción parece negar los deseos y el papel de la mujer en la procreación. Se radicalizan y se llevan hasta las últimas consecuencias las nociones tradicionales de lo masculino y lo femenino en la procreación: la mujer es imaginada como aquella que lleva y hace crecer la semilla implantada en su cuerpo por la tecnología médica. La metáfora tradicional del semen como la semilla y el útero como la tierra, adquiere con la tecnología un sentido literal. Mientras que la mujer en la concepción moderna del parentesco era considerada como naturaleza en el proceso de procreación y, como tal, podía reivindicar sus deseos frente a la represión de la cultura, las tecnologías dirigidas por el deseo de reproducción parecen negar a la mujer del proceso de procreación. La cultura no reprime la naturaleza, simplemente la sustituye, el cuerpo de la mujer deja de ser símbolo de la naturaleza y se convierte en instrumento de la cultura. La tecnología recompone fragmentos de la naturaleza y construye el proceso de reproducción. Las incertidumbres respecto a estas tecnologías se centran en torno a la forma como establecer relaciones entre individuos a partir de un modelo de reproducción que fragmenta los procesos que aparecían unidos en la concepción moderna del parentesco. En las tecnologías de reproducción, es el nuevo individuo, no las relaciones que hacen posible al niño/a lo que se valoriza y reproduce; como si, al descomponer los símbolos sobre los que se ha basado el modelo de reproducción moderno, sólo se pueda pensar en términos de individuos nuevos y desaparezca el modelo para establecer relaciones sociales entre individuos.

## Notas

1. Cfr. M. Strahern 1992: 15 para un análisis del modelo de reproducción moderno y Delaney, K. 1991 para un análisis del modelo de reproducción tradicional.
2. Cfr. P. Laslett (1983).
3. Sobre este contra-discurso nostálgico en la modernidad, cfr. M. Berman (1983). Sobre el estereotipo de la "familia clásica de la nostalgia occidental", cfr. W.J. Goode (1970: 6).
4. Sobre F. La Play y Riehl en el contexto cultural de su época, cfr. P. Gay 1984: 422-427. Sobre el papel de Le Play como reformador social en el contexto de la modernidad francesa, cfr. P. Rabinow 1989: 86-95.
5. Cfr. E. Renan (1992: 41-42): "L'oubli, et je dirai même l'erreur historique, sont un facteur essentiel de la création d'une nation, et c'est ainsi que le progrès des études historiques est souvent pour la nationalité un danger" (...) "or l'essence d'une nation est que tous les individus aient beaucoup de choses en commun, et aussi que tous aient oublié bien des choses (...) Il n'y a pas en France dix familles qui puissent fournir la preuve d'une origine franque, et encore une telle preuve serait-elle essentiellement défectueuse, par suite de mille croisements inconnus qui peuvent déranger tous les systèmes des généalogistes". "or l'essence d'une nation est que tous les individus aient beaucoup de choses en commun, et aussi que tous aient oublié bien des choses". Uno de los emblemas de este olvido impersonal serían las tumbas al soldado desconocido.
6. Uno de los atractivos del pensamiento de Bourdieu (1980) ha sido precisamente tratar de superar estas contradicciones mediante el recurso a una serie de conceptos clave como práctica, habitus y estrategia. El éxito de estos conceptos en la antropología del parentesco ha sido posible combinar individuos y sociedad.
7. Cfr. E. Gellner (1987).
8. Cfr. S. M. Okin (1989).
9. Cfr. R. Firth et alla (1969), M. Gullestad (1984). J. de Pina Cabral, J. Finch (1989). M. Segalan (1990).
10. Cfr. Jean Stoetzel (1983: 121-123): "C'est justement cette possession de l'intimité familiale que la très grande majorité des Européens recherche encore aujourd'hui (...): "C'est en famille que la moitié des gens préfèrent passer leurs loisirs"; "85) pensent qu'il faudrait insister davantage sur la vie de famille... Seulement un sur dix au total di-

sent qu'il y sont rarement heureux ou qu'ils n'y sont jamais heureux". "Ainsi donc valeur essentielle pour la personne, lieu du bonheur et de la réalisation de soi dans l'intimité conjugale et parentale, la famille qu'on c'est crée par le mariage, est un des ancrages solides, et peut être un rempart de la société occidentale"

11. Cfr. A. Giddane (1992: 96), hablando de las transformaciones de la intimidad contemporánea recalca como los lazos de parentesco tienden a ser más negociados que antes. "Kinship relations often used to be taken for granted basis of trust; now trust has to be negotiated and bargained for, and commitment is as much of an issue as in sexual relationships".
12. Cfr. M. Strathern (1992a: 34-46 y 169-185; 1992b: 14-61) y M. Stanworth (1987). Cfr. también el informe de M. Warnock (1985).